

Nicolás, Juan Antonio y Frápolli, Maria José (eds.), *Teorías de la Verdad en el Siglo XX* (Madrid: Tecnos, 1997), 629 pags.

**Alejandro Tomasini Bassols**

El tema de la verdad ha recibido, a lo largo de la historia de la filosofía, un trato de lo más disparate. En efecto, ha habido luengos periodos durante los cuales la verdad ha estado por completo ausente del horizonte de discusión e investigación filosóficas estándar y ha habido otros en los que ha ocupado un lugar prominente en la jerarquía de preferencias de los filósofos. El siglo XX, sin duda alguna, pasará a la historia como un siglo de exaltación del tema de la verdad. Como nunca antes proliferaron los debates, las tesis, las teorías. Sin temor a equivocarnos, podemos afirmar que se escribió más sobre la verdad en este siglo que en los 25 que tiene la filosofía, tal como la conocemos. De ahí que la publicación de una nueva antología de escritos sobre la verdad no es algo que debiera sorprender a nadie, ya que versa sobre lo que por lo menos en nuestros tiempos es concebido como un tema filosóficamente crucial, decisivo. Y a más de la razón histórica, que en sí misma es ya una justificación para esta muy buena y útil colección de ensayos, hemos de decir que por lo menos nosotros, los hispanohablantes, tenemos una razón suplementaria para regocijarnos con esta publicación: es, si no la única, una de las muy pocas que hay en nuestro idioma. Empero, antes de evaluarla lo que procede es describirla y, brevemente, examinarla de manera crítica. Eso es lo que ahora pasaré a hacer.

La primera impresión que el lector se lleva es, inevitablemente, la de que el libro es de una gran riqueza temática. La antología es en efecto impactante, pues se compone de veintisiete ensayos, muchos de ellos bien conocidos, agrupados en siete grandes secciones; contiene, además, una sucinta presentación general de los compiladores, así como tres índices: uno de los autores incluidos, uno “de materias” y uno onomástico. Las secciones mencionadas sirven para distinguir clases o tipos de teorías de la verdad. Cada sección a su vez queda integrada por un cierto número de ensayos (siempre el mismo número, a saber, tres, salvo en el caso de las teorías fenomenológicas de la verdad, que son cuatro, y en el de las hermeneútics, que son cinco), los cuales son en su mayoría trabajos que podríamos llamar ‘clásicos’, en sus respectivas tradiciones. Así, se nos ofrecen artículos representativos de teorías de la verdad tan variadas como los son las pragmatistas, de la correspondencia (que se dividen en semánticas y no semánticas) pro-oracionales, fenomenológicas, hermeneútics, coherenciales (*sic*) e intersubjetivistas. El libro está, pues, cuidadosamente diseñado. Los autores son, la gran mayoría de ellos, de primera línea, por lo menos en lo que al tema de la verdad atañe. Tengo en mente a pensadores como Tarski, Carnap, Kripke, Davidson, Heidegger, James, Husserl, Austin. Empero, los trabajos clásicos de estos filósofos vienen acompañados de otros cuyo *status* es menos claro. Me refiero a los de pensadores como Zubiri, Ellacuría, Haack, Foucault, Puntel o Apel. El problema es que la exuberancia de posiciones muy pronto genera en el lector la impresión de que lo que tiene enfrente es, más que una antología, un fárrago de textos que, considerado globalmente, se vuelve casi indigerible. Pero antes de entrar en este espinoso asunto, quisiera considerar rápidamente la presentación de los editores.

Las intenciones de los compiladores no podrían haber sido más laudables. Para ellos, se trataba sobre todo de “presentar un panorama que recupere aportaciones perdidas o semi-olvidadas, con la intención de ampliar lo más posible los horizontes de los problemas y de las propuestas de solución” (p.13). Haciendo un alarde de erudición (un tanto pedante), los editores ofrecen toda una clasificación, con un rótulo por autor, de las teorías que se han ofrecido a lo largo del siglo. Así, de acuerdo con ellos, tenemos que hay teorías, por ejemplo, “pragmático-funcionalistas” (James), “hermeneúatico-relativistas” (Rorty), “semánticas del realismo interno (Putnam), “hermeneúatico-ontológicas” (Heidegger), “criteriológicas” (Rescher), “evidenciales” (Husserl), “dialéctico-materialistas” (Horkheimer), “semántico-naturalistas” (Quine) y así indefinidamente. Desafortunadamente, la introducción de los autores no sólo no contiene ninguna discusión o consideración detallada de ninguna de estas posiciones, sino siquiera una presentación mínima de cada una de ellas. Es cierto que, en aras de la imparcialidad, exponer (aunque fuera en sus grandes lineamientos) una de ellas habría acarreado consigo el tratamiento de todas, con lo cual la presentación por parte de los compiladores habría tenido que extenderse considerablemente. No obstante, quizá habría valido la pena correr este riesgo, pues el problema por no hacerlo es simplemente que el lector no se queda más que con una lista de nombres y rótulos que no por impresionante le permite avanzar en la aprehensión cabal de las diversas posiciones recogidas. Hubiera sido factible (y conveniente) dedicarle aunque fuera un par de líneas a cada una de las posiciones mencionadas, por lo menos para aclararle al lector cuál es la idea central en cada una de ellas y, de esta manera, mostrar que una clasificación tan minuciosa es en efecto relevante y que el asunto no se reduce a una cuestión de pasión por las etiquetas. Además, habría que decir que la explosión de nombres y categorías puede ser contraproducente o, por lo menos, desconcertante. Por ejemplo, la teoría de Davidson es interpretada como una teoría semántica de la correspondencia. Empero, esto es algo que Davidson explícitamente niega en el ensayo mismo que aquí se reproduce: “En la segunda sección del artículo vuelvo a varios intentos de decir qué más está involucrado: discuto las teorías de la correspondencia, teorías de la coherencia, y teorías que de una forma u otra hacen de la verdad un concepto epistémico. Yo rechazo todos esos tipos de teorías” (p. 149). Así, pues, los afanes clasificatorios irrestrictos (tan reminiscentes de la poco vital filosofía medieval) puede generar resultados equívocos.

La selección de textos, por otra parte, es (hay que resaltarlo) bastante equilibrada: a pesar de que en su presentación los editores dan muestras de simpatía por escuelas en las que se considera a la verdad como lo que está “presente”, “lo que está *patente*” (p.11), como “lo que merece *confianza*” (p.11), de todos modos incluyen un número no desdeñable de ensayos clásicos de la corriente filosófica para la cual la verdad es más bien algo esencialmente vinculado al lenguaje, esto es, la filosofía analítica. De nuevo, la selección de textos es en general acertada, si bien en este segundo caso hay huecos dignos de ser consignados. Por ejemplo, no habría sido una mala idea (nunca lo será) incluir alguno de los muchos textos relevantes de Bertrand Russell, así como el famoso ensayo de Michael Dummett, “Truth”.

Realmente, la gran virtud de la antología es su carácter práctico, es decir, el hecho de que reúne en un solo volumen toda una gama de ensayos que giran sobre un mismo tema. Esto convierte a la antología en un texto muy útil, en especial para cursos y seminarios. Lo diré sin ambigüedades: el gran mérito del libro radica en su utilidad para la docencia. Por otra parte, debo decir que, en mi opinión, el libro incorpora un grave error de concepción. En un primer acercamiento, el entusiasmo de los lectores puede ser inmenso, pero muy pronto este sentimiento cede y lo que nos invade es más bien uno de frustración. La razón es que casi de inmediato, al empezar a leer los artículos, nos percatamos de que muchos de ellos sencillamente no le sirven a quien trabaja en el tema de la verdad desde perspectivas diferentes, con aparatos conceptuales diferentes. Por ejemplo, ciertamente nos puede parecer sugerente lo que dice Heidegger, pero es obvio que si se trabaja en el marco de la teoría de Tarski o de Ramsey nada de lo que diga el primero podrá servirnos. Y a la inversa. Considérense, por ejemplo, frases como “en la verdad real, es la realidad la que en y por sí misma está verdadeando en la inteligencia” (p. 391) o “hay que hacer la verdad” (p. 49). Para alguien educado en el espíritu de la filosofía analítica (definiciones precisas, acotamiento exacto del área de investigación, avance gradual pero sistemático en una dirección, lenguaje comprensible para o por todos, etc.), aseveraciones como esas y, en verdad, multitud de discusiones acerca de la verdad (incluidas algunas que forman parte de este grupo de ensayos) son meras colecciones de sinsentidos. Con esta antología no sólo nos topamos con lenguajes distintos, sino con programas completamente diferentes y totalmente irrelevantes unos para otros. Por ejemplo, en algún sentido nada hay de más ahistórico que el enfoque tarskiano, pero es precisamente una perspectiva histórica del conocimiento y la verdad la que anima a pensadores como Ricoeur o Foucault. El texto de este último (una entrevista), por ejemplo, deja esto perfectamente en claro. Dicho sea de paso, en este texto de lo que casi no se habla es precisamente de la verdad. No quiere eso decir que el texto de Foucault no sea interesante (claro que lo es), sino que es perfectamente irrelevante para quien se ocupa del tema de la verdad como una propiedad de oraciones o de proposiciones o de creencias. De hecho, lo que Foucault sostiene es sumamente interesante, sólo que su tema general son las relaciones entre el poder y el conocimiento. En la medida en que ‘saber’ o ‘conocer’ implica ‘verdad’ (puesto que no se puede conocer o saber algo falso), aunque se trata de temas lógicamente independientes de todos modos casi cualquier discusión sobre el conocimiento en algún momento rozará el tema de la verdad. Eso es lo que en este caso sucede: Foucault sólo tangencialmente se enfrenta al tema de la verdad. Asimismo, visiones como la de Ricoeur, en la que lo que se discute es una idea muy peculiar de verdad (una idea que podríamos denominar ‘política’ de la verdad), sus tesis toman cuerpo en un discurso por completo ajeno al de, digamos, Hempel. La moraleja es obvia: en la práctica una yuxtaposición tan abigarrada de ensayos resulta a final de cuentas de poca utilidad para la investigación. Casi se habría podido argumentar *a priori* que no hay discusiones intra-escolásticas fructíferas. Las problemáticas filosóficas, de la verdad u otras, se trabajan al interior de tradiciones, de escuelas, no caóticamente. Avanzar es avanzar al interior de una cierta tendencia de pensamiento, de una cierta escuela o

tradición. Ahora bien, si esto es atinado, la justificación filosófica de una antología como esta se vuelve algo por lo menos cuestionable.

Es claro que, en esta y en toda antología sobre la verdad que se respete, trabajos como el de Tarski tendrán que estar incluidos. En general, como ya dije, las contribuciones elegidas me parecen representativas e importantes. Tal es el caso de los artículos de James, Kripke, Davidson, Austin, Ramsey, Strawson, Williams, Heidegger, Jaspers, Hempel, Rescher, Lorenz y Habermas. La participación latinoamericana queda asegurada por I. Ellacuría, con un texto que, aunque es cierto que en él aparece la palabra ‘verdad’, propiamente hablando no se ocupa tanto de la verdad como de la realidad. De regular importancia son los textos de Schaff, Husserl, Ortega, Gadamer, Simon, Puntel y Apel y francamente redundante me pareció el texto de S. Haak, “El interés por la verdad: qué significa, por qué importa”, que es un recordatorio de principios más o menos banales concernientes a las relaciones entre la verdad y la probidad intelectual (la búsqueda de la verdad, el respeto por la verdad, etc.). En todo caso, la impresión que queda después de hacer un recorrido por tan diversos paisajes filosóficos es que quienes efectivamente han contribuido al desarrollo de la problemática son los pensadores de formación lógica y de orientación analítica y empirista.

Respecto a las traducciones podemos decir que son cuidadosas, si bien siempre son susceptibles de ser mejoradas. En especial, es importante aprender a traducir de modo que la versión (en este caso, en español) no suene artificial o rara. ‘Verdad’ y ‘verdadero’ permiten ejemplificar perfectamente bien lo que quiero decir. En otros idiomas (no en todos), la locución que de manera espontánea o normal se emplea es ‘es verdadero que’, en tanto que en otros es ‘es verdad que’. Así, por ejemplo en la página 275 Frápolli traduce ‘It is true that the Earth is round’ como ‘Es verdadero que la tierra es redonda’. Pero nosotros no hablamos así. Eso es traducción literal burda. Como nosotros nos habríamos expresado habría sido ‘Es verdad que la Tierra es redonda’. Si esto acarrea complicaciones para los traductores, puesto que en un caso se usa un adjetivo y en otro un sustantivo, peor para ellos. Diferencias así, claro está, algo indican respecto a la problemática misma. De lo que no hay duda es de que lo que a toda costa hay que evitar son versiones literales de modos de hablar diferentes. Afortunadamente, dejando de lado detalles como este, en general las traducciones son más que aceptables.

Independientemente de las pequeñas observaciones críticas que se puedan elevar, lo cierto es que tanto alumnos como profesores debemos estar agradecidos con los compiladores por esta antología. Ojalá hubiera más libros así en español. La obra que nos entregan será de utilidad permanente, tanto por la difusión de una problemática importante como por el hecho de que facilita el acceso de trabajos decisivos al respecto. De hecho, es como un libro de texto, un libro de consulta permanente, siempre a la mano. Y su mera aparición revela que el mundo filosófico de Hispanoamérica alcanzó ya la madurez de cualquier otro y que en él a libros tan especializados como este se les puede dar ya la más cordial de las bienvenidas.